

EL DIARIO DE UN TANTEADOR

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, N.L.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



PRONTO darían las tres de la madrugada. Jugaban unos señores: el cliente, el *mayor* (así le llamaban); el príncipe (que viene siempre con él). El señor de largos bigotes estaba también, y con él el pequeño húsar; lo mismo que Oliverio, el actor retirado y el *gran señor*. No estaba mal la concurrencia.

El *mayor* jugaba con el príncipe. Yo andaba alrededor del billar con mi chico instrumento, y voy contando: 10 y 48, 12 y 48. Todo el mundo sabe como vivimos los tanteadores de billar; no probamos bocado, pasamos dos noches sin dormir, y debemos gritar los tantos sin so-

siego y retirar las bolas. Conté y eché un vistazo. Un señor desconocido acaba de entrar. Mira, vuelve á mirar y se sienta en el divancillo. Bueno. «¿Quién será? esto es ¿á qué clase social pertenece?» me pregunté.

Vestía pulcra y elegantemente; con tanta pulcritud que todas las prendas de su vestido parecían recién salidas del taller del sastre; pantalones á cuadros, americana de moda, muy corta, chaleco de felpa y cadena de oro para el reloj, con muchos dijes. Vestía con esmero, pero su persona era aún más elegante que el traje; era un hombre esbelto, de elevada estatura, rizado el pelo sobre la frente como exigía la moda, cara blanca y rosada. En una palabra, un guapo chico.

Todo el mundo lo sabe: vemos gente de todas clases; viene acá lo más encoquetado de la sociedad; vienen asimismo los desarrapados... de modo que, aunque uno sea tanteador, uno se acostumbra á rozarse con los hombres, esto es, algo se le alcanza de la diplomacia.

Miro al caballero. Veo que se

sienta tranquilamente, no conoce á nadie; su vestido es novísimo.—Si—me digo,—es un extranjero, un inglés ó un conde recién llegado. A pesar de su mocedad, afecta un aire bastante solemne. Oliverio estaba junto á él, y por propio impulso se fué más allá.

La partida terminaba. El *mayor* había perdido, y me gritó:

—¡Muchacho! Mientes á cada paso, cuentas que es un horror, tienes la cabeza á pájaros.

Me injurió, arrojó el taco y se fué.

¡Qué miseria! Todos los días juega con el príncipe partidas de á cincuenta rublos, y ahora se exaspera porque ha perdido una botella de Macon. ¡Bah! ¡Maldito temperamento! Le ocurre á veces estar jugando con el príncipe hasta las dos, no ponen dinero en la tronera, y me consta que no tienen un ochavo en sus casas, pero les gusta deslumbrarse uno á otro, y dicen gravemente:

—¡Ea, doblemos hasta llegar á 250!

—Acepto.

Y si uno tiene la desdicha de bostezar ó no pone la bola con exacti-

tud—¡caramba, uno no es hierro!— uno se vé obligado á oír:

—¡Que no jugamos el yeso, sino el dinero!

Ese es el hombre que se enojó conmigo más que nadie.

Bueno; pues, de repente, apenas el *mayor* hubo partido, el príncipe dijo al recién llegado:

—¿Querriais jugar una partida conmigo?

—Con mucho gusto—dijo éste.

Se había sentado con tanta majestad que parecía muy altivo, pero cuando se levantó y se acercó al billar se volvió tímido—no precisamente tímido, pero harto se veía que ya su espíritu no estaba en sosiego.—¿Le molestaba su vestido nuevo, ó le turbaba que todo el mundo le mirase?

Sin duda había perdido su aplomo. Avanzó de un modo singular, de costado; sus bolsillos se asieron á las troneras: empezó á frotar con el yeso su taco, pero lo dejó caer. Aun en las ocasiones de éxito seguro, se volvía siempre y se ruborizaba. No se parecía al príncipe. ¡Ah! el príncipe conoce el

arte. Blanquea el taco, se blanquea las manos, arremanga los brazos y al agredir la bola, con ser él de menuda estatura, hace temblar las troneras.

Jugaron dos ó tres partidas; no recuerdo á punto fijo.

El príncipe dejó el taco, y preguntó:

—¿Me permitis que os pregunte vuestro nombre?

—Nekludov—dijo.

—¿Vuestro padre tenía á sus órdenes un cuerpo de ejército?

—Sí.

Se pusieron á hablar en francés. No entendí una palabra; sin duda evocaban su parentesco.

—Hasta otro día—dijo el príncipe—celebro infinito haber trabado amistad con vos.

Se lavó las manos y se fué á cenar; el otro permaneció con los tacos junto al billar, empujando las bolas.

Todos conocen nuestra costumbre; al recién llegado lo mejor es tratarle groseramente. Tomé las bolas y se las quité. Se ruborizó y me dijo:

—¿Puede jugarse todavía?

—Sin duda—le dije—para eso está el billar.

Le miré, y puse los tacos en su lugar.

—¿Queréis jugar conmigo?

—De mil amores, señor—le dije.

Puse otra vez las bolas.

—¿Queréis que juguemos á pasar debajo?

—¿Qué significa pasar debajo?—preguntó.

—Muy sencillo; me dáis cincuenta kopecks y pasaré debajo del billar.

Sin duda en toda su vida había visto cosa semejante. Se rió.

—Ea, aceptado—dijo.

Bueno; pregunté:

—¿Qué ventaja me dáis?

—¿Qué es eso? ¿Juegas acaso peor que yo?

—Pues claro,—le dije—pocos jugadores vienen á este billar que puedan competir con vos.

Nos pusimos á jugar.

Verdaderamente, tenía en opinión de maestro. Jugaba siempre al revés; el *gran señor* permanecía sentado, diciendo á cada paso:

—¡Vaya una bola! ¡Vaya un golpe!

¡Alto! el golpe no estaba mal, pero el recién llegado no sabía apuntar. En fin, perdí la primera partida por urbanidad, y, gimiendo, pasé debajo del billar. De pronto Oliverio y el *gran señor* levantáronse de un brinco de sus asientos, golpeando el suelo con los tacos.

—¡Bravo! ¡que se repita!—clamaron—¡que se repita!

¿A qué ese afán de que se repitiese el espectáculo? Esto era principalmente chusco en el *gran señor*, el cual, por cincuenta kopecks, pasaría no solo debajo del billar, sino debajo del Puente Azul; con todo, gritaba:

—¡Magnífico! No ha sorbido aún todo el polvo.

¡Me parece que el público sabe muy bien quién es el marcador Petrucka! Tarik y Petrucka son insustituibles.

Solo que, naturalmente, no me manifestaba en todo mi esplendor. Perdí la segunda partida.

—Señor—le dije—es imposible luchar con vos.

Se rió. Luego, cuando hube ganado tres partidas—yo tenía 49 y él ni

uno—dejé el taco sobre el billar, diciendo:

—Señor ¿queréis jugar á todo ó nada?

—¿Á todo ó nada? ¿qué es eso? —preguntó.

—Sí; me pagaréis tres rublos ó nada—dije.

—¿Qué te has figurado? ¿Crees que voy á jugar dinero contigo, imbécil?

Se le arreboló la cara.

Bueno. Perdió la partida.

—Basta—dijo.

Sacó del bolsillo una cartera novísima comprada en un almacén inglés, y la abrió. Harto veo que quiere jactarse de su opulencia. La cartera estaba llena de dinero, pero todo en billetes de á cien rublos.

—No;—dijo—no tengo moneda suelta.

Sacó tres rublos de su bolsa.

—Dos rublos por tu trabajo—me dijo—el otro te lo doy de propina.

Le di las gracias humildemente.

—Veo que el señor es muy bondadoso. Por una suma semejante uno puede pasar debajo la mesa.

Lástima que no quiera jugar dinero; si se decidiese, yo pondría todo

mi esmero en el juego y ganaría veinte ó treinta rublos. Cuando el *gran señor* vió el dinero del caballero novicio, le dijo:

—¿Tendriais la bondad de jugar conmigo? ¡Jugáis con tal arte!

¡Zorro viejo!

—No; perdonadme—dijo.—No tengo tiempo.

Y se fué.

No sé que debió de ser ese *gran señor*. Alguien le había llamado así, y el sobrenombre perduró. Pasaba días enteros en la sala de billar, mirando. No le invitan á ningún juego, y con todo, no cesa de sentarse y fumar su pipa. ¡Ese sí sabía lo que es juego!

Bueno. Nekludov volvió un día y otro día. Empezó á jugar con frecuencia. A menudo pasaba aquí el día y la noche. Aprendió á jugar á las tres bolas, á la guerra, á la pirámide. Se hizo más atrevido, conoció á todos, y empezó á jugar bastante bien. Naturalmente, todos querían á un joven como él, de buena familia y buena posición. Pero un día se disputó con el cliente, con el mayor.

La cosa nació tontamente.

Jugaban á la guerra el príncipe, el mayor, Nekludov, Oliverio y alguno más. Nekludov se hallaba junto á la chimenea, conversando con alguien.

Tocaba jugar al mayor. Su bola estaba delante de la chimenea, exactamente. Allá abajo, uno no puede moverse con gran desembarazo, y al mayor le gustaba estar holgado.

Y ¡zas! ¿Fué no haberse fijado en Nekludov ó haberlo hecho expresamente? Echó atrás el brazo, con amplio gesto, y golpeó con el codo el pecho de Nekludov. ¡Fué un golpe terrible! El pobre no pudo contener una exclamación. ¡Pero ah, qué tipo tan innoble era el mayor! Nada, ni presentar excusas. Alejóse sin mirarle, y aun murmurando:

—¿Plantoncitos á mí? Uno no puede lanzar el taco. ¿No hay más espacio que éste?

El otro se acercó, muy pálido, y dijo sosegadamente, con mucha cortesía:

—Ante todo, señor, deberíais excusaros, me habéis golpeado.

—No tengo tiempo ahora para ex-

cusarme—dijo.—Iba á ganar, y ya estoy viendo que otro se lleva mi bola.

Nekludov repitió:

—Deberíais excusaros.

—Idos—dijo su interlocutor.—¡Qué chinche!

Y miró otra vez el taco.

Nekludov se le acercó más, y le cogió por el brazo:

—Caballero, sois un insolente—dijo.

Era delgado, joven, tímido como una niña, pero ¡qué bravo estaba! Sus ojos centelleaban; parecía que fuese á devorarle. El mayor era un hombrón, alto, fuerte: ¡qué contraste con Nekludov!

—¿Qué es eso? ¿Yo insolente?

Y al mismo tiempo levantó la mano contra él.

Todos los concurrentes se lanzaron hacia ellos, les agarraron por el brazo y les separaron.

En medio de la creciente zalagarda, dijo Nekludov:

—Me ha ofendido; exijo una reparación.

Respondió el otro:

—¡Qué es eso de reparaciones? ¡Es

un chiquillo, un verdadero chiquillo! Merece un tirón de orejas.

—Si no me dáis una satisfacción, no sois un gentilhombre—dijo Nekludov.

Y estaba á pique de llorar.

—Tú—le respondió el otro—eres un chiquillo. Tus palabras no pueden ofenderme.

Se les separó, según costumbre de la casa, y se les arrastró á cuartos distintos.

Nekludov había trabado amistad con el príncipe.

—Por Dios—le dijo—vé á verle, convéncele.

Fué allá el príncipe. Dijo el mayor;

—Nada temo. No quiero dar la explicación menor á ese chiquillo. No quiero, y basta.

¡Psss! Se charló por los codos, pero volvió la calma.

Pero el cliente mayor dejó de venir á nuestra casa.

En las cuestiones que interesaban al amor propio Nekludov era un gallo de recios espolones... pero en lo demás no daba pie con bola.

Me acuerdo de lo que pasó una vez.

—¿Quién está contigo?—preguntó el príncipe á Nekludov.

—Nadie.

—Nadie ¡qué escándalo!

—¿Por qué?—dijo Nekludov.

—¡Por qué! ¡pues no pregunta por qué!

—Hasta ahora—dijo—he vivido así, ¿por qué no puede hacerse?

—¡Con que vivías así! ¡Imposible!

Soltó la carcajada, y el cliente de los bigotes lo mismo.

Se burlaron de él, lo apabullaron.

—¿Con que ni una vez?—preguntaron.

—Jamás.

Se desternillaban de risa. Naturalmente, comprendí en seguida que se burlaban de él, y les miré, deseoso de ver en qué paraba aquello.

—Vamos allá, vamos volando—dijo el príncipe.

—No, imposible.

—¡Oh, basta! ¡Qué ridiculez! Vamos.

Fueron.

Al cabo de una hora estaban de regreso. Se pusieron á cenar.

Habíanse reunido en gran número; estaban los mejores clientes: Ata-

nov, príncipe Razine, conde Chus-tak, Mirtzov. Todos felicitaban á Nekludov, y reían. Me llamaron.

Estaban bastante alegres.

—Felicitá á este caballero—me dijeron.

—¿Por qué?—pregunté.

¿Dijo por su conversión ó por su conversación? No recuerdo á punto fijo.

—Tengo el honor de felicitaros—dije.

Se ruborizó, y solo pudo sonreír ¡Cómo se rieron todos!

Bueno, después pasó la banda alegremente á la sala de billar. Él se apoyó de codos en la mesa, y dijo:

—Para vosotros, eso es chusco, para mi es triste. ¿Por qué he hecho eso? Príncipe, no podré perdonártelo ni perdonármelo jamás.

Y rompió á llorar y á sollozar.

Sin duda, ni él mismo sabía lo que estaba diciendo.

El príncipe se le acercó y sonrió:

—Basta de sandeces—le dijo.—Vamos allá, Anatolio.

—No iré á ningún lado—dijo—¿Por qué hice eso?

Y siguió llorando. No quiso dejar

el billar, y eso fué todo. Ahí tenéis; eso es lo que les pasa á los muchachos sin experiencia.

Venia pues á menudo al establecimiento. Un día llegaron él, el príncipe y el señor de largos bigotes que venia todos los días con el príncipe. Los clientes le llamaban siempre *Fedotka*. Tenia muy encendidos los pómulos, era feo pero vestia elegantemente, y venia en carruaje. ¿Por qué le querian tanto esos señores?

No se me alcanzaba el motivo. *Fedotka*, siempre *Fedotka*; y lo que ocurría es que le obsequiaban, le alimentaban, le invitaban á beber y pagaban su parte. ¡Era un trucha! Cuando pierde no paga, cuando gana, recoge el dinero sin pestañear. ¡Vaya si ha pillado dinero!... ¡Y siempre yendo del brazo del príncipe!

—Sin mí, te morías—le decía.

¡Qué tuno!

Pues bien, llegaron y dijeron:

—Ea, una partida de tres, á la guerra.

—Adelante.

Empezaron á jugar á tres rublos

la partida. Nekludov y el príncipe conversaban sin sosiego.

—Fíjate—decía el uno—tiene una pierna estupenda.

—No tal—dijo el otro.—La pierna, ¿qué tiene de particular? Su trenza sí es bella.

Fuera inútil decir que no prestaban atención al juego; ocupábalos exclusivamente su diálogo. *Fedotka* sabe muy bien donde le aprieta el zapato; sigue el juego con atención y juega con aplomo. Sus dos compañeros no acertaban, cometían faltas groseras. Ganó diez rublos á cada uno. Dios sabe cuales eran sus relaciones económicas con el príncipe; lo cierto es que no se pagaban jamás uno á otro. Pero Nekludov tomó unos billetes verdes y se los tendió.

—No—dijo *Fedotka*.—No quiero tomar tus billetes. Juguemos una partida; y luego, la dobladilla.

Puso las bolas. *Fedotka* empezó á jugar. Nekludov jugaba afectando indiferencia. A un momento dado, podía ganar la partida.

—No—dijo—no quiero, es demasiado fácil, y *Fedotka* está atento á su provecho.

Fedotka, ciertamente, ocultó su juego, y como por azar, ganó la partida.

—Vamos—dijo—juguemos el todo.

—Hecho.

Ganó otra vez.

—Hombre,—dijo—esto empieza á aburrirme. No quiero ganarte mucho. El todo ¿eh? ¿Qué te parece?

—Bien.

Cincuenta rublos iban apostados, y Nekludov decía:

—Ea, el todo.

Y han jugado, han jugado, cada vez con mayor interés y mayores apuestas; por fin *Fedotka* le ganó doscientos ochenta rublos.

Fedotka conoce el sistema; pierde la partida sencilla y gana la doble. Y el príncipe, que permanecía sentado, advertía que el asunto iba tomando grave cariz.

—Basta, basta—dijo.

¡Quía! aumentaban constantemente la puesta.

Nekludov al cabo de un rato había perdido quinientos rublos y pico.

Fedotka dejó el taco y preguntó:

—¿No hemos jugado bastante? Estoy cansado.

Pero es capaz, si le dan dinero, de seguir jugando hasta la aurora. El recurso es clásico.

El otro quería jugar todavía.

—¡Adelante, adelante!

—No; te juro que estoy fatigado. Vamos arriba; allí encontrarás el desquite.

En nuestro establecimiento, los clientes juegan á cartas en el primer piso.

Pues señor, á partir de aquel día, *Fedotka* le sedujo de tal modo, que empezó á venir todos los días. Jugaba una ó dos partidas, y siempre acababa por ir arriba. Lo que allí ocurría entre *Fedotka* y él, Dios lo sabe; pero su aspecto cambió totalmente, y estaba siempre con *Fedotka*. Antes, vestía á la moda, iba pulcro, rizado; pero al fin solo se le veía correctamente vestido por las mañanas, pues cuando bajaba de arriba parecía otro hombre.

Un día bajó con el príncipe; estaba pálido; sus labios temblaban; discutía algo.

—No le permitiré—dijo—no le permitiré que afirme—(así dijo, poco más ó menos),—que he faltado á la

delicadeza (ó á algo por el estilo) y que no volverá á jugar conmigo. Le he pagado diez millares... me parece que debía portarse ante los extraños con mayor circunspección.

—¡Basta!—dijo el príncipe—*Fedotka* no vale la pena de que uno se enoje con él.

—No puedo tolerar esto, no puedo.

—Déjale; ¿puede uno rebajarse hasta el punto de tener un lance con *Fedotka*?

—Presenció la escena gente extraña.

—¡Bah, gente extraña! Oye; ¿quieres que inmediatamente le obligue á que te pida perdón?

—No—dijo.

Y empezó á murmurar algo en francés; no comprendí una palabra más.

¡Señor! Aquella noche cenaron con *Fedotka*, y su amistad continuó.

Bueno. Un día vino solo.

—Veamos—dijo—¿sé jugar?

Nuestra profesión nos exige halagar á todos, como es sabido. Dije:—Muy bien.—Pero su juego no es nada del otro jueves; pega recio, pero no sabe apuntar. Y desde que es amigo

de *Fedotka*, juega siempre dinero. Antes no le gustaba el juego interesado, la cena, el champagne; nada de eso. Pues bien, acabó por jugar dinero constantemente.

Pasaba todo el día en el establecimiento; jugaba al billar con cualquiera ó se iba arriba. Yo me dije: ¿Por qué va á parar todo á los demás y no me queda ni una migaja?

—Señor,—le dije:—Hace mucho tiempo que no habéis jugado conmigo.

Muy bien; nos pusimos á jugar.

Cuando le hube ganado diez veces cincuenta kopecks, le dije:

—Señor ¿quiere jugar al desquite?

Se calló. No me llamó *imbécil* como en otro tiempo. Y nos pusimos á jugar la dobladilla una y otra vez, y le había ganado ochenta rublos. Pues nada; que se puso á jugar conmigo todos los días. Aguardaba una ocasión en que no le viese nadie, porque, naturalmente, se avergonzaba de jugar con el tanteador. Una vez se alborotó por no sé que; había ya perdido sesenta rublos.

—¿Juguemos á todo ó nada?—preguntó.

—Bueno—dije.

Gané.

—¿Ciento veinte contra ciento veinte?

—Bueno—dije.

Volví á ganar.

—¿Doscientos cuarenta contra doscientos cuarenta?

—¿No va á ser demasiado?

Guardó silencio. Jugamos. Gané la partida.

—¿Cuatrocientos ochenta contra cuatrocientos ochenta?

Le dije:

—Señor, esto es un derroche. Dame cien rublos si os place, y sigamos jugando así.

Peró él, de ordinario tan dulce, gritó:

—¿Juegas ó no?

Comprendí que era inútil toda reflexión.

—Trescientos ochenta,—dije,—si gustáis.

Naturalmente, quise perder.

Le di cuarenta tantos de ventaja. Tenía 52 y yo 36.

Apuntó á la amarilla y la puso en el 18, y mi bola se hallaba en su camino. Dí un golpe á mi bola para

que saliese del billar. Pero me faltó destreza: la bola dió un golpe doble, y gané otra vez la partida.

—Oye, Pedro—me dijo. (No me llamaba Pedrillo). No puedo entregártelo todo inmediatamente, pero dentro de dos meses podré pagar tres mil rublos si es preciso.

Se puso colorado; le temblaba la voz.

—Bueno, señor—dije.

Puse el taco en su sitio.

Él andaba de un lado para otro, bañado en sudor.

—Pedro—me dijo. —¿Jugamos á todo ó nada?

Casi lloraba.

Respondi:

—¿A qué jugar otra vez, señor?

—Por favor, juguemos.

Él mismo me alcanzó el taco; lo tomé y arrojé con tal fuerza las bolas en el billar, que rodaron al pavimento. Se comprende; uno había de portarse como quien era. Dije:—*Cuando gustes, señor.* Apresuróse tanto, que él mismo recogió las bolas. Pensé entonces:—No me dará los setecientos rublos, conque si pierdo, tanto peor.—Empecé á jugar

mal exprofeso.—Él me dijo:—¿Por qué juegas mal exprofeso?—Temblaban sus manos, y cuando la bola corria á la tronera, separaba los dedos, hacía una mueca, é inclinaba la cabeza y sus brazos hacia la tronera.

—Esto no sirve para nada, señor.

Bueno, cuando ganó la partida, le dije:

—Me debéis ciento ochenta rublos y ciento cincuenta partidas. Me voy á cenar.

Dejé el taco y salí.

Sentéme á una mesita que estaba enfrente de la puerta, ganoso de mirar lo que iba á hacer. ¡Dios mio! empezó á andar de arriba abajo. Sin duda creía nadie que le estaba mirando. De pronto se mesó los cabellos; avanzó otra vez, murmurando no sé qué, y volvió á mesarse los cabellos.

Pasaron quince días sin que se le viera en el salón. Un día fué al comedor, sin entrar en la sala de billar; estaba muy sombrío.

El príncipe le vió.

—Ea—dijo—vamos á jugar.

—Yo no vuelvo á jugar.

—¡Qué bromista!... Vamos.

—No, no iré.—Tú—dijo—no tienes interés alguno en que vaya, y para mí eso es atroz.

Pasó diez días sin volver. Luego, una vez, durante las fiestas, volvió, vestido de etiqueta; se veía que estaba de visiteo. Pasó el resto del día en el establecimiento.

Jugó sin sosiego. Volvió á la mañana siguiente, volvió á los dos días... Las cosas tomaban el curso de antes. Quise volver á jugar con él.

—No—me dijo.—No quiero jugar más contigo; los ciento ochenta que te debo te los pagaré dentro de un mes; ven entonces á mi casa.

Bueno, al cabo de un mes, fui á verle.

—Te juro—me dijo—que no tengo dinero; vuelve el jueves.

Fuí el jueves. Tenía un piso espléndido.

—¿Está en casa?—pregunté.

—Está en la cama todavía—me dijeron.

—Muy bien, aguardaré.

Su lacayo era uno de sus campesi-

nos. Era un viejecillo ceniciento, muy sencillo, sin la menor idea de la diplomacia. Empezamos á conversar.

—¿Por qué viviremos aquí con nuestro amo?—dijo—Estamos enzarzadísimo; no hallamos en Petesburgo honor ni provecho. Cuando vinimos del campo, pensábamos en el trayecto:—Vá a ocurrir lo propio que en tiempo del difunto señor (que en gloria esté).

Frecuentaremos los principes, los condes, los generales. Esto decíamos, y añadíamos: Escogeremos una condesa, una bella con rico dote, y empezaremos á vivir como conviene á un hidalgo.

Pero en realidad no hicimos más que pasar de uno á otro restaurant. ¡Esto anda muy mal! La princesa Rtischeva es nuestra tía; el principe Berotintzer, nuestro padrino. Pues bien, ha ido á verles una sola vez, por Navidad, y no ha vuelto por allí. Sus criados se burlan ya de nosotros y dicen:

—Hola, hola, vuestro amo no se parece á su padre.

Una vez le dije:

—Señor ¿por qué no váis á casa de vuestra tia? Le molesta haber pasado tanto tiempo sin veros.

—Me aburro tanto allí, Demianitch —respondió.

Ya véis, sólo le gusta la taberna. ¡Si al menos volviese al servicio!... Pues nada de eso, sólo le interesan las cartas y lo demás, y estas cosas no llevan nunca á la perfección. ¡Dios mío! todos perecemos tontamente.

La difunta señora (que en gloria esté) nos dejó una propiedad riquísima: más de mil almas y bosques que valían más de trescientos mil rublos. Pues ahora lo ha empeñado todo; ha vendido el bosque, ha arruinado la propiedad, y á pesar de eso no le queda un ardite. Ya es sabido: cuando falta el amo, el administrador se hace más fuerte que el amo. Pero ¿qué le importa? ¡Que le llenen el bolsillo, y perezca todo lo demás allá abajo! No ha mucho vinieron dos campesinos. Llevaban quejas de todas las partes de la propiedad. —Arruina la propiedad, decían. ¿Qué hizo el amo? Leyó las quejas y dió diez rublos á cada campesino.

—Pronto iré en persona allá abajo —les dijo. —Recibiré dinero, pagaré las deudas y partiré.

¿Pero cómo va á pagar, si estamos contrayendo constantemente nuevas deudas? Este invierno hemos gastado 80.000 rublos aproximadamente. No queda un rublo en casa. De todo tiene la culpa su bondad. Es un amo sencillo hasta la exageración; y he aquí porque se pierde de ese modo, tontamente.

Casi lloraba el viejo.

Despertóse Nekludov á las once y mandó que fuera.

—No me han enviado dinero—dijo —pero no tengo yo la culpa. Cierra la puerta.

La cerré.

—Oye,—medijo—toma el reloj ó la aguja de diamantes, empéñalos. Te darán más de ciento ochenta rublos y en cuanto reciba dinero, los recobraré.

—¡Por Dios, señor! Si no tenéis dinero—dije—todo es inútil. Dadme al menos el reloj; lo consiento por tratarse de vos.

Ví que el reloj valía al menos trescientos rublos.

Bueno. Empeñé el reloj por cien rublos y le llevé la papeleta.

—Los ochenta rublos que faltan— le dije—me las daréis vos mismo; podéis también recobrar el reloj cuando gustéis.

Pues señor, jamás he cobrado los ochenta rublos.

Después de eso, vino diariamente al establecimiento. No sé qué pacto mediaba entre ellos, pero venía siempre con el príncipe, ó iba á jugar arriba con *Fedotka*. Uno debía al otro, este al tercero y no podía comprenderse quién debía á quién.

Vinieron de esta suerte casi todos los días por espacio de dos años. Pero el aspecto de Nekludov había cambiado muchísimo; se había desentorpecido, y á veces me pedía un rublo para pagar al cochero, aun jugando cien rublos en sus partidas con el príncipe. Estaba triste, enjuto, amarillo. Apenas llegaba, ordenaba inmediatamente que le trajesen un vaso de ajenjo, comía un *canapé* y bebía vino de Oporto; entonces se alegraba un poco. Un día vino antes de comer. Esto pasó en tiempo de carnaval. Se puso á jugar con un húsar.

—¿Queréis jugar una partida interesada?—preguntó.

--Como gustéis—respondió el otro.

—¿Qué jugamos?

—Una botella de Clos-Vougeot ¿os parece bien?

—Perfectamente.

Bueno; ganó el húsar y fueron á comer. Sentáronse á la mesa. Dijo Nekludov:

—Simón, trae una botella de Clos-Vougeot; caliéntala bien.

Salió Simón, y volvió con el plato, pero sin la botella.

—Acuérdate del vino—dijo Nekludov.

Salió Simón y trajo el asado.

—¡Trae el vino!—gritó.

Simón callaba.

—¿Te has vuelto loco? Estamos acabando de comer y el vino no parece. ¿Vamos á beberlo con los postres?

Simón huyó, diciendo:

—El dueño suplica que le veáis.

Nekludov se puso encendido hasta las orejas y saltó de la mesa.

—¿Qué quiere?

El dueño estaba junto á la puerta.

—No puedo creerlos por más tiempo—le dijo—si no pagáis la cuenta.

—Os he dicho ya que os pagaría á principios de mes.

—Como gustéis—dijo el dueño—pero no puedo servir incesantemente al fiado, sin cobrar lo más mínimo. Pierdo docenas de millares, gracias a mi facilidad en fiar.

—Pero, querido, á mi se me puede creer—dijo.—Enviad la botella; procuraré pagaros inmediatamente.

Y corrió á la sala.

—¿Por qué os han llamado?—preguntó el húsar.

—Querían unos datos.

—Convendría—dijo el húsar—beber un vaso de vino caliente.

—Simón... ¿viene eso?

Salió Simón. No hubo vino tampoco. La cosa andaba mal.

Abandonó la mesa, y corrió hacia mí.

—Por el amor de Dios, Pedrillo, dame seis rublos.

Parecía un cadáver.

—Os juro, señor, que no los tengo; y me debéis ya mucho dinero.

—Dentro de una semana te daré

cuarenta rublos en vez de seis—me dijo.

—Si los tuviese—respondí—no me atrevería á negároslos, pero os juro que no los tengo.

Oyóme, dió un brinco, rechinó los dientes, apretó los puños, corrió como un loco al pasadizo, y, de pronto, se golpeó la frente.

—¡Dios mío!—se dijo.—¡Es posible!

No volvió á poner los pies en el comedor. Saltó al carruaje y huyó.

¡No hubo poca risa!

Preguntó el húsar:

—¿Dónde está el caballero que cenaba conmigo?

—Se ha marchado.

—¡Que se ha marchado! ¿Y qué ha ordenado que me dijeseis?

—Nada; se ha sentado en el coche y ha huido.

—Solemne bellaco—dijo el húsar.

—Vaya—pensé—después de una afrenta semejante tardará en volver. Pero no fué así.

Al día siguiente por la tarde compareció. Entró en la sala de billar. Llevaba una caja.

Se quitó el abrigo.

—Vamos á jugar—dijo.

Miraba al suelo, estaba furioso.
Jugamos una partida.

—Basta—dijo.—Tráeme papel y pluma; debo escribir una carta.

Yo, libre de sospecha, le di el papel y lo puse sobre la mesilla del cuarto reservado.

—Cuando guste, señor—le dije.

Bueno; se sentó á la mesa. Escribió, escribió largo tiempo, luego dió un brinco. Estaba muy sombrío.

—Ve á ver si ha llegado mi carruaje—me dijo.

Estábamos en viernes de Carnaval; no había clientes en casa, todos se habían desparramado por los bailes. Fui á enterarme. Pero apenas hube llegado al umbral de la puerta, oíle gritar, como si algo le aterrizarase:

—¡Pedrillo! ¡Pedrillo!

Me volví, y miré. Estaba de pie, blanco como un lienzo; me miraba.

—¿Llamásteis, señor?—le dije.

Se calló.

—¿Qué mandáis?

Se calló.

—Ah, sí; juguemos otra partida—dijo.

Bueno. Ganó la partida.

—¿Qué es eso?—preguntó—¿he aprendido á jugar?

—Sin duda—le dije.

—Sí, sí, claro. Vé ahora á ver si ha llegado el coche.

Y continuó andando por el cuarto, de arriba á abajo.

Sin la menor sospecha, salí al vestíbulo. Miré; no había ningún coche. Volví adentro.

De pronto oí que alguien daba un golpe con el taco. Entré en la sala de billar; llenábala un olor extraño.

Miré; Nekludov estaba, lleno de sangre, sobre el pavimento; tenía á su lado la pistola. Yo estaba tan azorado que no podía decir palabra.

Agitó las piernas, se atiesó; y después de un estertor se extendió cuán largo era.

¿Por qué ha cometido ese pecado? ¿Por qué ha llevado el alma á la perdición? Sábelo Dios. Sólo dejó este papel, pero no puedo entenderlo en un ápice.

¡Qué cosas pasan en este pícaro mundo!

* * *

—Dios me ha dado cuanto puede

desear el hombre: riqueza, renombre, ingenio, nobles aspiraciones. Quise gozar y he pisoteado en el lodo las excelencias que poseía.

No soy un hombre deshonrado ni perseguido por el infortunio. No he cometido ningún crimen, pero he hecho algo peor: he matado mis sentimientos, mi alma, mi mocedad.

Me envuelve una red fangosa de la cual ya no puedo libertarme, y á la cual no puedo acostumbrarme. Caigo sin cesar, caigo, me doy cuenta de mi caída y no puedo detenerme.

* * *

... ¿Cuál ha sido la causa de mi pérdida?

... ¿Moraba en mí una pasión desenfrenada que me excusase? No.

... ¡Qué recuerdos los míos!

Un momento horroroso de extravío, que jamás olvidaré, me hizo recobrar los sentidos! Azoréme al ver el abismo infranqueable que me separaba de lo que quería ser, sin poder alcanzarlo. Las esperanzas, los ensueños y las ideas de mi juventud se presentaron á mi imaginación.

¿Dónde están las diáfanas ideas sobre la vida, sobre la eternidad, sobre Dios, que, irradiando luz y energía, henchian mi alma? ¿Dónde está la fuerza del amor, que confortaba mi espíritu con un calor suave?

* * *

... ¡Ah, cuán bueno, cuán dichoso hubiera sido, de marchar por el sendero que al entrar en la vida me mostraba mi espíritu bañado de frescura, me mostraban mis sentimientos juveniles y sinceros! Algunas veces he procurado pasarme á ese claro sendero, más allá del círculo en que giraba mi vida. Me decía: —Emplearé en ello toda mi voluntad.—Y no podía. En la soledad, me estorbaba y me espantaba á mí mismo. Acompañado, no oía en lo más mínimo la voz interior y caía á un nivel cada vez más bajo.

Por fin llegué á la terrible convicción de que no puedo ya volver á levantarme. Dejé de pensar en mi estado; quise olvidar. Pero el remordimiento sin esperanza vino á aumentar todavía mi turbación. Vi-

nome entonces, por vez primera, la idea del suicidio.

* * *

Había creído que la proximidad de la muerte daría elevación á mi alma. Me engañé. Dentro de un cuarto de hora no existiré, y, con todo, mi opinión no ha cambiado en un ápice. Veo, escucho, pienso exactamente lo mismo... La misma inconsecuencia extraña, la misma vacilación, las mismas ideas inconsistentes...

FIN

